

ÚBEDA, JORGE, *La infancia y el filósofo* (Ediciones Encuentro, Madrid, 2011). 192 pp.

El título de todo libro encarna una forma de anuncio o promesa. Tal vez por ello cuando nos arrojamus a la aventura de la lectura siempre planea sobre nosotros una expectativa que no siempre se ve satisfecha. Algunos textos llevan títulos sencillos o incluso modestos; otros, acaso la mayoría, se enmarcan bajo rótulos ambiciosos que reclaman su lectura desde una promesa difícilmente asumible. *La infancia y el filósofo*, primer libro publicado por el filósofo Jorge Úbeda, arranca sin embargo con un título ambiguo al que no sería extraño reaccionar con una cierta perplejidad inicial. Mezclar en una misma frase los términos «infancia» y «filosofía» es un gesto arriesgado y no serán pocos los que recuerden las palabras que Platón puso en boca de Sócrates en el libro VII de *República*, a saber: que no se puede filosofar hasta que no se hayan cumplido los treinta años. La infancia fue y seguirá siendo una metáfora recurrente con la que, las más de las veces, se ha querido caracterizar una condición del espíritu que debiéramos aspirar a superar. Las analogías entre la historia y la biografía personal nos fuerzan comúnmente a interpretar la infancia como aquel otro extremo frente al cual se yergue la voluntad y el esfuerzo del filósofo, quien, maduro y sabedor de su responsabilidad, inicia un camino con vistas a superar la ignorancia y la ingenuidad del niño. Esta yuxtaposición de términos —infancia y filosofía— opera como un fecundo oxímoron que podría inclina al lector a interpretar este primer título de Jorge Úbeda bien como una concesión poética o bien como una nostálgica ponderación de un contravalor.

Este diagnóstico inicial podría tener sentido si el texto de Úbeda quisiera poner en continuidad los matices que habitualmente se adhieren a los términos *infancia y filosofía* y aún podríamos intuir el carácter contradictorio de la propuesta si acogemos el título de este libro, efectivamente, como una promesa. Sin embargo, tras una lectura minuciosa de *La infancia y el filósofo* descubriremos que este título no sólo no es fiel al contenido del libro, sino, al menos tal es nuestra sensación, que nunca pretendió serlo. Con ello no queremos significar que el texto incumpla su promesa inicial, sino que, antes al contrario, la supera y por mucho. *La infancia y el filósofo* es propiamente un texto de filosofía en el que su autor se adentra en algunos de los problemas más acuciantes que el mundo contemporáneo ha heredado, bien positiva o bien negativamente, de la modernidad filosófica. Por ello, y esto es una advertencia para posibles lectores, el libro de Jorge Úbeda no habrá de convocar la atención por aquellos interesados en la infancia si es que en su interés no late también una profunda vocación filosófica. Descartes, Rousseau, Kant, Nietzsche y Platón (siempre de nuevo) son los hitos que Úbeda escoge para rastrear algunos síntomas filosóficos que ponen en riesgo una experiencia moralmente saludable del mundo contemporáneo. La estrategia no tendría nada de novedoso si no fuera porque el autor de *La infancia y el filósofo* decide arriesgarse a elaborar una «atípica historia del pensamiento moderno» tomando la infancia como un verdadero instrumento hermenéutico, esto es, como una clave interpretativa desde la que abordar un problema. La infancia es, desde luego, una etapa capital en cualquier biografía pero también una fecunda metáfora y un estado del espíritu capaz de convertirse en un original recurso filosófico para afrontar el que quizá sea el problema más antiguo de todos los problemas: la temporalidad y su vivencia.

El marco que Úbeda escoge en su primer libro no parece en ningún caso inocente por lo que la selección de autores resulta perfectamente coherente con aquellos hitos que componen (tal vez cabría decir, que un día compusieron) el canon de la historia del pensamiento filosófico. Por todo ello, *La infan-*

*cia y el filósofo* podría interpretarse también como un personalísimo manual de filosofía. En este sentido es de agradecer la perfecta claridad con la que el autor se expresa en las páginas iniciales subrayando las paradojas morales y epistemológicas que genera la experiencia de la vida en el mundo contemporáneo y el modo en que esa perplejidad es deudora de algunos implícitos acuñados en la modernidad. Al servicio de su diagnóstico y su eventual resolución se consagran los siete capítulos que componen este libro y a lo largo del cual se rastrean algunos tópicos irrenunciables de nuestra tradición filosófica. Al mismo tiempo Úbeda es también capaz de destacar con oportuna intención otros problemas señeros que, sin embargo, no siempre han resultado enteramente visibles para los historiadores del pensamiento. En este sentido resulta especialmente destacable el capítulo dedicado a la fenomenología, una sección del libro en la que Úbeda demuestra una gran sensibilidad a la hora de comunicar los presupuestos fundacionales del proyecto husserliano y sus ulteriores derivas en el pensamiento de Martin Heidegger. Así, la infancia opera en este libro como un original y evocador pretexto desde el que se traen a la luz viejos problemas aún irresueltos y de los que, parece inevitable, debemos todavía hacernos cargo.

Entre las muchas virtudes de este libro cabría destacar, por encima de todas, una valentía que trasciende con mucho la aventura del título y que tiene lugar en el último capítulo de este texto. *La infancia y el filósofo* es un texto profundamente filosófico en la medida en que aspira a defender y defiende una verdad comunicable. Este momento tético (y cuyo contenido preferimos reservar a cada lector) demuestra la sinceridad del autor y de su decir filosófico. Habrá quien se encuentre seducido por el personalísimo estilo de Úbeda y quien se rinda, movido tal vez por esta seducción, a las conclusiones finales. Habrá, sin embargo, quien disienta profundamente tanto del diagnóstico como de la terapia sugerida en este texto pero acaso este disenso sea todavía una prueba más de que éste es un texto profundamente filosófico. Lo es por cuanto dice y lo es por cuanto arriesga. Más allá de este momento propositivo, como antes seña-

lamos, *La infancia y el filósofo* es un libro que presenta cualidades no siempre habituales en filosofía tales como la originalidad del pensar, la claridad en la exposición y la belleza en el decir. No es poco, desde luego, y acaso por ello se haga evidente la sensibilidad marcadamente platónica del autor en la medida en que este libro es también, y quién sabe si sobre todo, un lugar en el que se reúnen numerosos discursos bellos. Recordemos, a tal efecto, que para un griego —o para alguien que aspire a pensar desde Grecia— *lo bello y lo noble* se dicen de una y la misma manera.—DIEGO S. GARROCHO SALCEDO.